LA MEJOR CORONA

Por el Ilmo. Sr. D. José Antón Ortiz, deán y vicario general del Obispado

ES este día de júbilo y de alborozo espiritual. Hoy se verán cumplidos nuestros vehementes anhelos, cancelando la deuda inmensa de gratitud, que esta Ciudad tiene contraída con su Señora y Reina, con esta venerada imagen, que desde que arribó religiosamente a nuestras playas, está prodigando los raudales de su misericordia.

Feliz iniciativa y celestial inspiración la de ceñir las sienes de la Santísima Virgen del Mar con esplendida corona, condensación de lo más grande y valioso que Almería puede ofrendar a su excelsa Patrona. Bien es verdad que de nada necesita la que fué eternamente coronada en el Cielo por la Trinidad Beatísima, la que tiene por cetro el eje del universo entero. Somos nosotros los que necesitamos de sus dádivas y mercedes.

Aquí radica precisamente el contenido misterioso y la profunda significación de esta solemnidad. Los honores, que rendimos a la Santísima Virgen con esta Coronación canónica, no enaltecen y glorifican a la que por Dios fué exaltada al trono más alto del Empireo, donde ostenta diadema sin igual labrada en los talleres de la Omnisciencia; sino que glorifican y enaltecen a los que con fervoroso entusiasmo la proclamamos Reina, reconociéndola intercedora y mediadora entre Jesucristo su Hijo divino por naturaleza y nosotros sus hijos adoptivos por la gracia.

Tal es el pensamiento central de esta liturgia mariana.

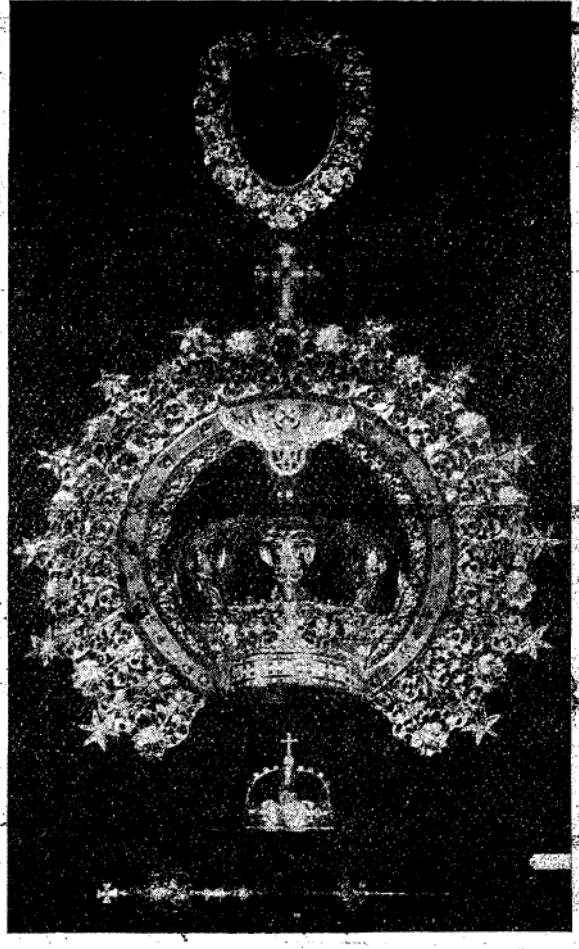
La rica corona que con la emoción más honda hoy ofrecemos a la Señora de nuestros amores es, pues, una fervorosa oración de oro y pedrería, es una sentida plegaria que elevamos a la Virgen poderosa refugio de pecadores, Madre admirable que guía nuestros pasos, nos alienta y fortalece en el camino, remedia nuestras desgracias, calma nuestros dolores, enjuga nuestras lágrimas, restaña nuestras heridas; Virgen clementísima que nos impetra de lo alto la fidelidad a nuestras creencias y el don magnífico de la perseverancia final; Estrella del Mar que nos conduce a través de borrascosas olas al puerto venturoso de nuestro eterno destino.

Justa es nuestra satisfacción al ofrecer hoy a la Madre amable y Reina Soberana refulgente diadema; pero nuestro mayor anhelo ha de ser presentarla un trono de gracia en nuestro corazón purificado y embellecido con la corona del sacrificio.

El único solio en que puede complacerse la Señora Celestial es el alma redimida con la sangre preciosa del Divino Señor, adornada vistosamente con sus dones y virtudes. El reinado de la Virgen Inmaculada, que ejerce "por medio de la verdad de la mansedumbre y de la justicia", busca en el interior de las almas su principal gloria.

Los cristianos buenos, que llevan en su corazón esculpido el sello de la santidad, son la diadema más preciada de la Virgen nuestra Madre, diadema de oro acendrado de ardiente caridad esmaltada con las ricas piedras de acrisoladas virtudes.

Los hijos buenos son para la Madre "su gloria y su gozo", su mejor corona.



El rostrillo, las coronas y el cetro que por subscripción popular han sido ofrecidos a nuestra Patrona y que le serán impuestas en el solemne acto de hoy

La corona que hoy se depositará sobre la divina imagen, es una auténtica joya

Está valorada en 630.619 pesetas y se compone de oro y platino, brillantes, rosas, perlas, rubíes, esmeraldas, zafiros, aguas marinas, topacios y amatistas

LA Coronación Canónica de Nuestra Excelsa Patrona, simboliza los máximos honores que la Santísima Virgen puede recibir en la tierra de aquellos sus patrocinados. Es la manifestación del amor y veneración, gozo y júbilo mayores que pueden sentirse por la que es Madre y Reina de los almerienses. Será el apoteosis de esa devoción inigualable que desde su aparición milagrosa, tradición y leyenda, pasando por la proclamación como Patrona, hasta llegar a nuestros días, ha sentido este pueblo con toda vehemencia y ansiedad.

Privilegio el de la Coronación, que el Capítulo Romano concede a las imágenes que destacan por sus apariciones milagrosas, por su antigüedad, secular veneración... Cualidades que reúne con creces—como tenía que ser—la Santísima Virgen del Mar. Talla magnífica, inspirada obra de arte imaginero del siglo XIV; aparición prodigiosa en la playa de Torre García; hechos milagrosos en epidemias, tormentas, guerras... y otros tantos que la religiosidad, la piedad acendrada oculta en su intimidad; su veneración a través de los siglos y otros tributos hacen que esta Coronación Canónica que vivimos sea la satisfacción de una deuda de gratitud, de sentido y rendido homenaje hacia la Señora y Madre nuestra.

Así, esa devoción, ese culto de siglos, tenía que culminar en esta explosión de fe que vamos a vivir: la más grandiosa jornada de cuantas registra el álbum religioso de la ciudad.

Será la ofrenda de la Corona digna y poseedora de esa espiritual y artística que puede darse para ser colocada sobre las sienes de Nuestra venerada Patrona. Corona labrada con el oro de nuestras oraciones, con las joyas de nuestras promesas, con el cincel de nuestros sacrificios... El mayor mérito. Oro y piedras, perlas y brillantes de nuestro pueblo, de nuestras minas, de nuestra señorial e hidalga Almería. Todo, plasmado y hecho realidad y arte con el exquisito gusto y delicadeza que el artífice español, presbítero madrileño, don Félix Granda, ha sabido imprimir a su obra. La Corona que brillará ya, desde hoy, en las sienes benditas de la Virgen será el florón glorioso que pregone el marianismo y catolicidad de nuestro pueblo, el eterno poema y oración perenne hacia la proclamada Reina y Patrona, el amor y delirio de toda una ciudad, que Ella escogió para mirarse en la pureza de su corazón, en la inmensidad azul de su mar y cielo, dosel y marco, templo y altar, de este fausto acontecimiento sin precedentes en la historia de Almería.

Verdadera y auténtica joya de arte constituye la Corona que hoy será ofrecida a la Santísima Virgen del Mar. De un estilo no definido, con tendencias renacentistas, aunque sea consignar la frialdad de unas cifras, diremos que está compuesta por 361 brillantes, 1.359 rosas, 41 perlas, 37 rubíes, 98 esmeraldas, 216 zafiros, 12 agua marinas, 17 topacios, 12 amatistas, 190 perlas pasadas, 90 gramos de platino y 2.254 gramos de oro. La valoración total asciende a 630.619,20 pesetas, de cuya cantidad se ha entregado en metálico, por las joyas y construcción de las coronas de la Virgen, el Niño, rostrico y cetro, alcanza sólo las 165.000 pesetas, por lo que haciendo una breve operación aritmética observamos que en joyas, pertenecientes a distinguidas familias almerienses que, decidida y entusiásticamente se desprendieron de ellas, hay un valor considerable de 465.619,20 pesetas.

Pero como esta Corona sólo la llevará la Santísima Virgen en las grandes solemnidades, se procedió a encargar otra para diario con idénticas caracteristicas a la de la Coronación, aunque de inferior valor, ya que la que hasta ahora tenía la Patrona era de metal dorado. La corona a que nos referimos ha sido realizada por los mismos talleres del Sr. Granda, con 471 gramos de oro, otras joyas y entrega en metálico hasta 40.000 pesetas que es su importe.

Celebremos con júbilo esta solemne Coronación, compendio de toda añoranza, recuerdos y sacrificios. Alegrémonos, sí, en lo más íntimo, de ver a la Madre proclamada, con toda la majestad de su gloria y triunfo, Reina y Señora de la Ciudad, con el boato externo que Ella merecía y con el gozo interior de sentir, en el fondo del corazón, la satisfacción de haber cumplido y respondido como hijos predilectos de la Madre.—M. R.

En la noche del 23 de agosto de 1891 fué robada la primera Corona de la Santísima Virgen del Mar

HABIA COSTADO, SEGUN TASACION, 1.900 REALES

La segunda corona desapareció durante la guerra de liberación.—Fué adquirida por colecta popular, valorándose entonces en 6.798 pesetas

UN gran tesoro ha tenido siempre la Virgen del Mar, constituido por su corona y joyas que, la piedad, el fervor y la devoción del pueblo de Almería ofreció a su Patrona, como homenaje y símbolo de lo que es y para ellos significa espiritualmente.

Un robo sacrílego, una mano impía y destructora que arrebatase el oro y la pedrería de la Santísima Virgen, y seguidamente surgía la catolicidad de nuestro pueblo que, como un solo hombre, se levanta en pie para restaurar con más riqueza, con mayor esplendor, lo que es de la Madre y nadie ni por nada puede ser exterminado. Porque, siendo el oro y las piedras un valor espiritual incalculable, no hay fuerza humana que los destruya. Es un tesoro sobrenatural, permanente, eterno, que crece y se desarrolla con el tiempo, ahondando con fuertes raíces que jamás podrá desaparecer. Para dar solidez a esta afirmación que acabamos de hacer, no hay más que, sin necesidad de que el lector medite en los datos históricos que le podamos traer a colación, esforzar un poco la memoria y recordar solamente lo acaecido en el transcurso de los últimos quince años, en los que arrasado el tesoro de la Virgen, reducido a cenizas su Santuario, ha vuelto a resurgir magnífico, con una pujanza jamás conocida. Como cimentada con la persecución y el sacrificio de los que se nos fueron en palmas de martirio. A mayor persecución, mayor sacrificio de nuestro pueblo, más generosidad...

Llegan a nuestras manos unos datos publicados por el que fué insigne escritor y poeta almeriense, canónigo de la Santa Iglesia Catedral, M. I. Sr. D. Joaquín Peralta Valdivia, y en ellos, sólo nos limitamos a extractar, en cierto modo, los detalles que él, tan galanamente, nos cuenta de los primeros saqueos de la corona y alhajas de la Virgen.

De las riquezas que en joyas pertenecieron a la venerada imagen, "merece especial mención la hermosísima Corona fegalada a la Virgen por la devota señora doña María del Mar Bout y Entrena. Una mano impía, se atrevió a arrebatar a la Virgen, en tiempo cuya fecha no se ha podido precisar, una pulsera de oro con diamantes. Pocos días después los diamantes fueron recuperados. La noche del 23 de agosto de 1891 volvió a cometerse otro sacrílego atentado, robando a la Virgen y al niño las coronas, juntamente con otras joyas, cuyo valor, el de todo, ascendía, según tasación, a 1.900 reales, hecho que llenó de consternación al pueblo de Almería". El suceso ocurrió así: "El mencionado día 23, en que aquel año se celebró la festividad del Patronato, por la tarde, había recorrido la Sagrada Imagen en solemne procesión las calles de la ciudad. Al abrir por la mañana siguiente el templo donde la Virgen se venera, se encontraron que ésta había sido despojada de sus joyas. Acudió presurosa la ciudad al conocer la triste noticia, y las autoridades dispusieron, interpretando los generales sentimientos, que se celebrara un solemne triduo de desagravio, sin perjuicio de seguir las diligencias judiciales propias del caso. Celebróse el triduo, predicando en cada día, los muy ilustres señores Maestrescuela y Penitenciario de esta Catedral y el muy ilustre señor Magistral de Guadix".

Pero, como "no bastaba el acto de desagravio realizado para borrar la mala impresión causada por el atentado escandaloso, era menester ofrecer a la Santísima Virgen un testimonio elocuente de amor, devolviéndole centuplicadas sus joyas perdidas. De aquí surgió la generosa idea de regalar a la Sagrada Imagen y al niño otras más ricas y hermosas coronas. Las señoras camareras de la Virgen tomaron sobre sí la pesada carga de realizar esta obra y el 1 de septiembre de 1892, previo permiso de la Autoridad eclesiástica, dieron principio a la importante tarea de visitar, casa por casa, toda la ciudad, para demandar limosnas conque poder dar a la Santísima Virgen este testimonio de fe, de amor y veneración".

Efectuada la colecta, fué encargada la corona que estrenó la Virgen en la procesión de 1 de enero de 1894. Era "una obra de arte, toda de oro, repujada"... "Simbolizando que nuestra Patrona es Reina de los Cielos y de nuestros corazones, la forma de la corona era real e igual a la que ostentaban en sus armas los Reyes de España. Estaba formada por un círculo (aro frontal) en el que aparecían simuladas por alto relieve las piedras preciosas que en ella resaltaban, partiendo de dicho círculo ocho florones figurando hojas estilo renacimiento, de donde salían otras tantas diademas o imperiales, estilo ojival, cargadas de perlas también figuradas o en relieve, las cuales venían a enlazarse primorosamente por bajo del mundo que sostenía preciosa cruz lastina que le servía de remate, que era como el emblema del imperio de la Cruz, y por ende del catolicismo que aquella simboliza, sobre el mundo todo. Rodeaba esta corona un adorno o sobre corona de ese estilo gótico, que por sus formas características, majestuosas y atrevidas líneas, era el más propio para que el alma se eleve a Dios. Sostenidas por balaustres o columnas perfectamente modeladas y ráfagas brillantes que escapaban de sus extremos, figuraban doce estrellas, representación conque el Apóstol San Juan vió ceñidas en el cielo las sienes de la Virgen y distribuidas en grupos cual las han considerado algunos sabios y piadosos intérpretes de la Escritura Santa, al hacer la ampliación de dichas estrellas a las singularísimas virtudes de la Madre de Dios que en ellas están simbolizadas. Tal era la ligera diseñado la corona de la Virgen, cuyo importe fué de 6.798 pesetas, a cuya cantidad contribuyeron dos mil cuatrocientos dos donantes".

Hermosa joya que ciñó las sienes de nuestra Excelsa Patrona, hasta los días azarosos de la Guerra de Liberación, en que, por una parte, desaparecieron las joyas, depositadas en el Banco de España, y por otra la referida corona, que en balde buscó cobijo en casas particulares de la ciudad de donde también desapareció. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde?... ¡Que más da!... Era su destino. Lo permitió la Señora, para que sirviera de lección, para que otra vez nuestro pueblo, en una apoteosis de actos religiosos, de festejos populares, de amor, de veneración, ponga en la cabeza bendita de la Madre la corona que hoy será ofrendada.